

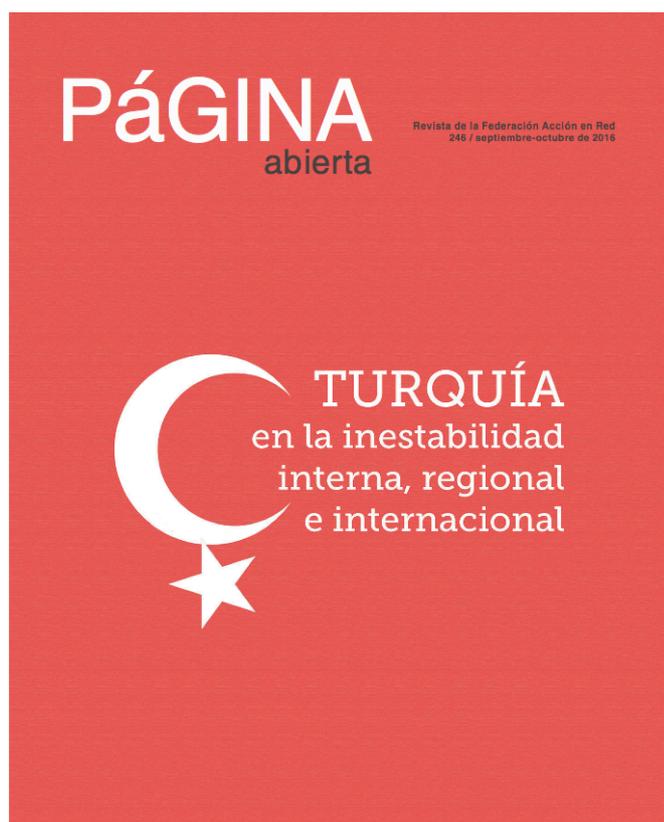
Alfonso Bolado

Turquía, golpe a golpe

4 de agosto de 2016.

(*Página Abierta*, 246, septiembre-octubre de 2016).

En la tarde del pasado 15 de julio un grupo de militares constituidos en “Consejo por la paz del país” y que afirmaban hablar en nombre del Estado Mayor, anunciaban que se había producido un golpe de Estado “para restablecer la democracia” en Turquía. Durante la noche se produjeron ataques y contraataques entre los golpistas y fuerzas leales al Gobierno del AKP (Partido de la Justicia y el Desarrollo). La lucha, enconada en algunos momentos, se



desarrolló sobre todo en Estambul y en la capital, Ankara, donde fueron atacados la Asamblea Nacional, el palacio presidencial y las sedes del Estado Mayor y del servicio de inteligencia, entre otros objetivos; también aviones de los golpistas lanzaron bombas en el centro de Estambul.

Poco después de producirse estos acontecimientos el presidente Erdogan, que se encontraba en un hotel de la costa anatólica, hizo su aparición en la cadena CNN-Türk, desde la que llamó al pueblo a enfrentarse físicamente al golpe. Inmediatamente, miles de personas se lanzaron a la calle y atacaron a las fuerzas golpistas. Por la

mañana, con la rendición de algunas unidades y el exilio de oficiales, el golpe podía considerarse fracasado, y así lo dio a conocer el Ejército (cuyo jefe de Estado Mayor había sido tomado como rehén por los golpistas). El 16 de julio se reunió el Parlamento para condenar el golpe y el 20 se instauró el estado de excepción para permitir la localización de los implicados en la intentona.

Qui prodest?

El intento, aunque breve, fue bastante sangriento (350 muertos, 180 de ellos civiles, en un cálculo aún no definitivo) y ha supuesto una oleada de represión que, si bien ha tenido precedentes en otros golpes, nunca se había producido en un sistema formalmente democrático. Se calcula que, hasta el momento, unos 80.000 funcionarios (jueces, profesores, militares –incluidos generales y almirantes–...), así como periodistas, enseñantes privados, escritores..., han sido purgados y unos 20.000 enviados a prisión (1).

Buena parte de ellos están acusados de pertenecer a los *fetullaçi*, seguidores del predicador sufí Fetullah Gülen del que se hablará más abajo, a los que se imputa la promoción del golpe, ejecutado por militares afines a dicho movimiento. Los recelos que despiertan en un Ejército fundamentalmente kemalista (2) explicarían el bajísimo nivel de apoyos con que contó la intentona (alrededor de un 1,5 por ciento de la fuerza).

De todos modos, la mayoría de los observadores, con todo, piensan que, en todo caso, sería obra de militares kemalistas inquietos por la progresiva pérdida de influencia del Ejército en las decisiones políticas, por el temor a otras depuraciones y por la inflexión islamizadora del AKP y el presidente Erdogan.

Aunque algunos se inclinan por considerar que se trató de un autogolpe del mismo Erdogan para deshacerse de sus opositores en un momento en el que había retos múltiples en el plano interior (cansancio del autoritarismo del presidente, imposibilidad de llevar a cabo la reforma presidencialista de la Constitución [3], atentados terroristas del PKK kurdo y el Daish...) y en el exterior: relacionados con su apoyo a las fracciones anti Asad en Siria y la pérdida de aliados en Oriente Próximo (caso sobre todo de Egipto tras el golpe militar de 2014).

Una posición intermedia es la que afirma que el Gobierno estaba al tanto de la conspiración, fuera de quien fuese, pero que la dejó continuar para justificar la represión.

En realidad, el *Qui prodest?* (¿a quién beneficia?) se inclina claramente hacia él; a los partidarios de esta tesis les resulta sospechosa la muy deficiente organización del golpe (que más bien se quedó en *putsch*) por parte de un Ejército experto en la cuestión (cuatro golpes en la segunda mitad del siglo XX), incluyendo, al parecer, la escasa motivación de los soldados golpistas, lo que aumentó la moral de los opositores civiles. Todo parecía diseñado para fracasar, si no fuera por la gran cantidad de pérdidas humanas.

Lo cierto es que el golpe, al acusar de él a los *fetullaçi*, se convierte en un paso más, quizá el definitivo a corto plazo, en la pugna entre el islamismo cada vez más rigorista del AKP y el islam modernizador y tolerante del *Hizmet* (el “servicio”), como se conoce en Turquía a los gulenistas, que a su vez quizá encubre una pugna de carácter económico de la que se hablará más abajo. Erdogan no ha vacilado –lo que sin duda se trata de un caso bastante indecente de cinismo– en colocar a los seguidores de Gülen en el mismo plano que al PKK kurdo y el Daish (“grupos terroristas”).

Con todo, hay muchas dudas acerca de que los *fetullaçi* sean los promotores del golpe, incluso si alguno de sus miembros hubiera intervenido en él: el *Hizmet* se ha caracterizado siempre por su defensa cerrada de la democracia, apoyó al AKP en su esfuerzo por acabar con el poder militar y siempre ha sido perseguido y reprimido por este. Como dijo Fetullah Gülen, “He sufrido varios golpes a lo largo de los últimos cincuenta años y encuentro particularmente insultante que se me acuse de tener lazos con esta intentona” (4). Además, afirmó que si algún miembro del *Hizmet* hubiera participado sería un “felón” que actuaba en contra de su ideario y reclamó una comisión internacional de investigación.

Erdogan ha pedido a Estados Unidos la extradición de Gülen, que reside allí desde 1999 y mantiene buenas relaciones con Washington. El hecho de que Obama haya condenado el golpe refuerza la tesis de la no participación de los *fetullaçi*.

En resumen, que resulta difícil creer que los eventuales beneficiarios del golpe – los militares kemalistas o los *fetullaçi*, antagónicos entre ellos– hubieran organizado un intento tan carente de apoyos y tan mal concebido tácticamente;

resulta difícil incluso que pensaran en un *putsch* que, tras conseguir objetivos muy limitados, arrastrara a otras fuerzas. En cambio, Erdogan ha obtenido todas las ventajas para proseguir su viaje a ninguna parte. La gigantesca (quizá tres millones de personas) manifestación de Estambul el 7 de agosto –que, por cierto, estaba presidida por las efigies de Erdogan... ¡y Atatürk!– le avala (5).

“Un Estado dentro del Estado”

Los *fetullaçi* han resultado ser, por tanto, los grandes perdedores del golpe. Llamados así por el nombre de su fundador y guía espiritual, Fetullah Gülen (6), y también conocidos como el *Hizmet* (“servicio”), es una asociación o *cemaat* que procede de una escisión de otra, la de los *nurcus*, que a su vez son una derivación de la orden Naqshibendiya, fundada en el siglo XIV (7).

El *Hizmet* surgió en los años ochenta del siglo pasado, en el contexto de las reformas económicas y la apertura religiosa del Gobierno de Turgut Özal, uno de los protagonistas más decisivos de la política turca contemporánea. Gülen supo hacer llegar su mensaje, místico y humanista, a importantes sectores de la sociedad. Su propósito era crear una nueva élite, tan distinta tanto de la anquilosada del poder (que, bajo capa de defender el legado laico de Atatürk, lo que defendía realmente eran sus propios intereses materiales, cayendo a menudo en la corrupción), como de la ritualista, rígida y dogmática procedente del *Milli Gorus* (Visión Nacional), islamista y nacionalista que personificaba Nemectin Erbakan a través de sus sucesivos partidos políticos (del Bienestar, de la Virtud, de la Felicidad). Su derivación más pragmática y moderada es el AKP de Erdogan.

Los *fetullaçi* defienden la democracia, el apoliticismo (8), la separación entre religión y Estado, el diálogo interreligioso y, a través de la piedad, la promoción de esa actitud social, que en turco se llama *edep* y en árabe *adab*, que es una mezcla de honradez, decoro, laboriosidad y rigor moral y que es el sustrato psicológico de la emergencia de ese brillante grupo de emprendedores en el ámbito económico conocido como los “tigres anatólios” (9).

Con estos mimbres se tejió un movimiento que llegó a contar con unos ocho millones de miembros, entre los que había gran número de empresarios, profesores universitarios, jueces, periodistas, funcionarios..., y que en conjunto controlan bienes por valor de unos 50.000 millones de dólares. Su insistencia en la diferenciación entre la religión y una acción social secularizada le permite disponer de unos dos mil establecimientos educativos –sobre todo de enseñanza media– en 140 países, de un nivel al parecer alto. También inspira una red de medios de prensa (televisiones, radios, periódicos, editoriales...), entre los que destaca el prestigioso diario *Zaman*, clausurado tras el golpe.

Acostumbrados a la clandestinidad y dotados de la firmeza moral que les da su origen místico, los *fetullaçi* obtienen su ideario de las lecturas de la obra de Gülen y se organizan en redes muchas veces informales y escasamente jerarquizadas. A pesar de considerarse apolítica, la asociación ha intervenido a través de sus miembros en la vida política. Aunque se opuso a Erbakan, apoyó al AKP porque se definía como partido laico, un apoyo que le permitió infiltrarse en la administración del Estado.

A partir de 2011, las relaciones de la asociación con el AKP empezaron a ser cada vez más difíciles, fundamentalmente por los recelos que causaban las iniciativas islamizadoras de Erdogan, su tendencia al autoritarismo, algunas cuestiones de política internacional: Gülen es contrario a la tensión con Israel y a

la inflexión otomanista (la construcción de un “poder blando” en Oriente Próximo de carácter nacionalista y al tiempo panislámico) de la política turca frente al cosmopolitismo *fetullaçi*.

El año 2013 supuso la ruptura total, a raíz de las acusaciones de corrupción contra el entorno de Erdogan por parte de jueces *fetullaçi* que han abocado a la represión y depuración posteriores al golpe. Las dimensiones de las mismas pone de manifiesto la fuerza del *Hizmet*. Pero también la organización, tan flexible y acomodaticia, así como el hecho de que la represión no haya llegado a los fundamentos económicos del *Hizmet*, permiten suponer que este no está, ni mucho menos, acabado.

Interludio económico

El equivalente material de la frase, entre galante y ridícula, *cherchez la femme*, sería la de Clinton: “Es la economía, estúpido”. Cabe dentro de lo posible que sea el sustrato económico el hilo conductor de los acontecimientos en Turquía sobre todo a partir de los años ochenta del pasado siglo. Las reformas neoliberales de la era Özal, unidas al carácter tradicionalmente abierto del islam turco, así como a la capacidad de vertebración social de las *tarikats* sufíes y su capacidad de proyectar nuevos valores (ver nota 8), produjeron cambios sustanciales en la sociedad turca y favorecieron un notable desarrollo económico que el gobierno del AKP supo consolidar y expandir.

Actualmente Turquía, que ha salido relativamente indemne de las últimas crisis, es la decimoséptima economía mundial, con un fuerte potencial de proyección política. En buena parte se debe a que el régimen es *business friendly*, con una rigurosa política neoliberal, acompañada de una metódica privatización de bienes estatales que había reportado 34.000 millones de dólares desde 2002. Eso había significado un golpe importante a la gran burguesía laica, pero dejaba el camino expedito a la nueva burguesía islámica de los “tigres anatólios”.

Un rasgo peculiar del capitalismo turco es la fuerza de las asociaciones patronales, vinculadas a distintas organizaciones políticas. La más antigua de ellas es la TÜSIAD (10), fundada en 1971, que representa a los grandes *holdings* surgidos en los primeros años de la república y vinculada al aparato de poder kemalista; es decididamente laica, partidaria de la Unión Europea y de las instituciones democráticas “al servicio de la paz social”. La MÜSIAD, fundada en 1990 como sucesora de la patronal ASKON, ligada al partido de la Prosperidad, tiene origen anatólio y fuertes lazos con el AKP (11).

La tercera en discordia es la patronal TÜSKON (Confederación Turca de Financieros e Industriales), vinculada a los *fetullaçi*; fue fundada en 2005 y en el momento de su cierre tras el golpe contaba con 29.000 empresas asociadas, en su mayoría pequeñas y medianas. Su actividad internacional es muy destacada, hasta el punto de que las exportaciones representan hasta el 90% de su facturación. La red de escuelas vinculadas a los *fetullaçi* que hay en África y que acogen a unos 13.000 alumnos es uno de los vehículos de la acción exportadora.

No ha sido estudiada suficientemente la relación de los acontecimientos, y la deriva del AKP, con la competencia entre la MÜSIAD y la TÜSKON, por ejemplo en la adjudicación de los bienes privatizados (ver el siguiente apartado), así como con las prioridades de la política económica, por más que ambas patronales coincidan en lo esencial. Este es, sin duda, uno de los vacíos más importantes de los análisis de la situación turca.

Erdogan, segunda parte

En 2012, Erdogan estaba en la cumbre de su poder: había terminado con los enemigos interiores, comenzando por el Ejército; tenía una muy confortable mayoría en el Parlamento; la economía avanzaba con tasas anuales del 7-8%, y, además, Turquía gozaba de una envidiable imagen internacional, como espejo de un islam tolerante y democrático que mejoraba las libertades públicas.

Sin embargo, a partir de 2012 todo empezó a torcerse: si bien en ese año se iniciaron negociaciones con el PKK (12), el crecimiento económico fue solo del 2,2% (3,3% en 2014), las negociaciones con la Unión Europea no iban por buen camino y había un relativo cansancio hacia la arrogancia de Erdogan, sobre todo en relación con el proyecto de nueva Constitución. Aunque el crecimiento y la mayor prosperidad, que en mayor o menor grado llegaban a todo el mundo, aseguraban a Erdogan una confortable mayoría, había sectores que empezaban a mostrar su incomodidad por la evolución de la situación.

Opiniones como la de Erdogan, cuando afirmó en un discurso que la “separación de poderes” era un obstáculo a la acción de Gobierno, reflejaban su incomodidad, de talante autocrático, pero creaban inquietud en una opinión pública que, sobre todo en las ciudades, era cada vez más democrática y antiautoritaria.

El año 2013 conoció dos hechos reveladores: la ocupación del parque Gazi de Estambul por una multitud que, aunque protestaba por una cuestión de corrupción urbanística, ocultaba el malestar de una parte sustancial de la juventud urbana y a la que el Gobierno respondió con una violencia inusitada; y también ese año se fundó el Partido Democrático de los Pueblos (HDP), una unión de grupos de izquierdas y ecologistas que acoge a miembros de minorías del país (kurdos sobre todo, pero también armenios, yazidíes, árabes y asirios), y que representaba un esperanzador resurgimiento de la izquierda tras una larga etapa de desconcierto (13). Pero, sobre todo, cristalizaron las cada vez peores relaciones entre el AKP y los *fetullaçi*, a raíz de las acusaciones de corrupción, por parte de jueces vinculados a ellos, contra miembros del partido gobernante y contra el mismo hijo de Erdogan, Balil, ante lo que el presidente afirmó (¿amenazadora o premonitoriamente?) que “... derribaría esta red de traición y la haría rendir cuentas”.

Cada vez más Erdogan derivaba hacia el autoritarismo: trató de prohibir las redes Twitter y YouTube, decidió presidir los consejos de ministros, la persecución a periodistas se hizo sistemática. El proyecto de reforma constitucional para reforzar los poderes del presidente se inscribe dentro de esta voluntad.

El aplastamiento del golpe de Estado y la gigantesca manifestación de apoyo ha sido la ocasión para reforzar el control del aparato del Estado (14), limitar severamente la libertad de prensa, con el cierre a finales de julio de 131 medios de prensa, incluido el prestigioso diario *Zaman*, además de cadenas de televisión, agencias de noticias y editoriales. Y sobre todo, de asestar un golpe, que Erdogan quisiera definitivo, a los *fetullaçi*, que incluso con sus limitaciones es la mejor manifestación del islam democrático en Turquía.

¿A dónde va Turquía? La respuesta es incierta, pues, a pesar de la depuración del aparato de poder y los intentos de constitución de un régimen en el que la interpretación flexible del islam (15) permite cualquier estrategia, las relaciones

de fuerzas no están suficientemente claras ni permiten apostar por una situación estable a medio plazo.

Antonio Elorza, en un artículo reciente (16), afirma que el golpe solo ha servido para acelerar un proyecto que Erdogan tenía previsto desde tiempo atrás; se trataría de un proyecto neootomano, idea lo suficientemente genérica como para incluir cualquier cosa, porque existen diferentes formas de calificar el otomanismo: desde la relación entre reforma y religión de los Jóvenes Otomanos, hasta el panislamismo tiránico y reaccionario de Abdül Hamid II.

Este tipo de ideas, que Elorza lleva cultivando desde que descubrió en su obra *Umma* (17) que existe *un continuum* entre el Corán y el islamismo moderno, no ayudan a abordar la cuestión, entre otros motivos porque analiza de manera muy pobre el carácter del islam político y sus distintas variantes, y no acaba de comprender las ambiguas relaciones entre islamismo y nacionalismo, por una parte, ni las del islamismo con la modernidad por otra.

En el plano de las hipótesis, quizá resultara más fértil resistir la tentación orientalista y considerar el islamismo como la forma islámica del populismo. En efecto, ambos tienen mucho en común: la eliminación de las clases como referente sociológico de la acción política, sustituidas por el “pueblo” como sujeto y destinatario de esta y opuesto a la oligarquía político económica (la “casta”, la *asabiya*) (18); la referencia a entidades abstractas (patria, religión) como creencias en las que se subsume dicho pueblo y que sustituyen a la ideología; el papel del líder carismático (19), capaz de corporeizar las distintas sensibilidades y aspiraciones colectivas, o la concepción meramente instrumental de la democracia representativa.

Las limitaciones son también las mismas: el populismo, al ser más una estrategia de toma y conservación del poder que una ideología, solo puede aspirar a una hegemonía que le permita desplegar su concepción de “lo mejor para el pueblo”. Ello, en sociedades complejas o diversificadas por los cambios materiales, implica una doble tentación: la del oportunismo (muy frecuente) y la del autoritarismo, con el frecuente recurso a la movilización, con ciertos tintes gregarios, del “pueblo”. En cualquiera de los dos casos se produce un deterioro institucional que es el preludio de la deslegitimación del proyecto.

En este sentido, el comportamiento de Erdogan debería interpretarse como una *fuite en avant* ante los distintos retos, agravada por sus torpezas en el manejo de la cuestión internacional: ambigüedad respecto al Daish, ataque a Rusia y posterior rendición ante ella, restablecimiento de las relaciones con Israel, enfrentamiento con los kurdos de Siria y, como consecuencia, reavivamiento de la guerra en el Kurdistán turco. El proyecto neootomano, al menos en lo referente a Oriente Próximo, ha naufragado. Pero, desde Plutarco, es sabido que los dioses ciegan a quienes quieren perder.

La gran variante es la robustez de la sociedad civil turca, en su vertiente laica o en la profana. A ella le corresponde recuperar el protagonismo que se le está arrebatando.

(1) “Turquía vacía las cárceles de presos comunes para recluir a golpistas”, *El País*, 18-8-2016.

(2) De Kemal Atatürk, fundador de la república e instaurador del laicismo en Turquía.

(3) Erdogan pretende llevar a cabo una reforma constitucional para convertir Turquía en una república presidencialista con un poder acrecido del presidente (él mismo). Las dos elecciones sucesivas de 2015 no le otorgaron la mayoría necesaria de 2/3 para llevarla a cabo.

(4) *Le Monde*, 16-7-2016.

(5) La referencia a Atatürk, la “bestia negra” del islamismo turco, al margen de poner de manifiesto el pragmatismo de Erdogan, tiene un curioso simbolismo: en un momento de dificultades con la Unión Europea y con Estados Unidos (ambos han criticado la amplitud de la represión y el

segundo se ha negado a extraditar a Gülen), el recuerdo de la resistencia turca, dirigida por Atatürk, a los aliados invasores tras la I Guerra Mundial ofrece un argumento no por demagógico menos eficaz.

(6) Gülen, nacido en 1941, es hijo de un imam. Estudió teología y muy pronto se inclinó por el espiritualismo sufí. Predicador de éxito, piadoso, tolerante y culto (y también multimillonario), logró conquistar a un sector importante de la población anatolia, en particular a la burguesía tradicionalmente religiosa con un mensaje modernizador. En 1993 se instaló en Estados Unidos (Pennsylvania) y en 2008 fue considerado por la revista *Foreign Affairs* “una de las personalidades más influyentes del año”. Algunas de sus opiniones, como la de que más vale construir escuelas que mezquitas o la irrelevancia del velo femenino han resultado escandalosas a los sectores más tradicionalistas, incluido el AKP.

(7) Los *nurcus* forman una asociación fundada por Said Nursi y deben su nombre al libro fundacional, *Risalat al-Nur* (El libro de la luz), que preconiza la compatibilidad entre religión y modernidad. En otro orden de cosas, la diferencia entre una orden (*tariqa*), impropriamente llamada cofradía, y una *cemaa* (en árabe *yamaa*) es el carácter profano, menos jerarquizado y ritualista, de esta última, en la que prima la religiosidad individual y los comportamientos de solidaridad civil. La Naqshibendiya, con su práctica del *dikr* (oración) privado y su capacidad de adaptación a las condiciones de la clandestinidad, era la orden más adecuada para ser la madre de tales asociaciones.

(8) Gülen escandalizó a los islamistas diciendo: “Ni aunque el arcángel Cebrail [Gabriel] fundara un partido, lo seguiría”.

(9) La mejor explicación del carácter de este grupo podría encontrarse en la obra de Max Weber *La ética protestante y el espíritu del capitalismo* (Península, Barcelona, 1969), particularmente en los capítulos “Los fundamentos religiosos del ascetismo laico” y “La religión, entre la ascesis y el espíritu capitalista”. Dependiendo de su historia personal, estos “tigres” se repartieron entre el *Hizmet* y el AKP, teniendo el primero un sesgo más moderno, culto y urbano.

(10) La sigla SIAD quiere decir en turco “industriales y hombres de negocios”.

(11) Dice en su programa: “Defendemos que los esfuerzos para mejorar nuestra vida cotidiana deben estar en armonía con Dios, con las otras personas, con el medio ambiente y, naturalmente, con nosotros mismos”

(12) Que abocaron a una tregua en 2013, si bien de corta duración. El Gobierno reemprendió las hostilidades en 2014, en el marco de su actuación contra los kurdos sirios y el régimen de al-Asad.

(13) Este partido obtuvo un 10,7% de los votos y 59 escaños en las elecciones de noviembre de 2015. Una enmienda constitucional en 2016 levantó la inmunidad parlamentaria a 53 de sus diputados, como primer paso para expulsarlos del Parlamento.

(14) “Erdogan anuncia una reforma para el control directo del Ejército y del espionaje”, *El País*, 21-7-2014.

(15) Lo suficientemente flexible como para, primero, vaciar de referentes concretos al concepto de islam, y segundo, evitar graves fisuras en una sociedad cuyo funcionamiento es bastante profano en el marco de unas relaciones de producción muy influidas por la racionalidad instrumental del capitalismo.

(16) “La paciencia de Erdogan”, *El País*, 20-8-2012.

(17) Alianza, Madrid, 2002.

(18) “Desde entonces [la consolidación de las reformas, alrededor de 2010] el partido podía proseguir su lucha contra la gran burguesía laica y presentarla como un enfrentamiento entre la élite y el pueblo”, Tristan Coloma, “Pourquoi M. Erdogan espère rebondir”, *Le Monde diplomatique*, julio de 2013.

(19) Suele hablarse mucho de la arrogancia de los líderes populistas como forma de actuación política. Es posible, pero también lo es que las distintas situaciones crean los líderes capaces de llevarlas (o no) a buen puerto.